

Manuel Carrilero Millán

Profesor de Historia de la Universidad de Almería

Manuel López Muñoz

Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

En el libro segundo de la Eneida, el príncipe Eneas, superviviente de Troya, le contesta a la reina cartaginesa Dido, que le pide que cuente la caída de su ciudad: "Me ordenas, reina, renovar un dolor para el que no hay palabras" y, poco después: "¿Quién podría contener las lágrimas al referir esto?"

Hoy, me veo forzado a escribir unas líneas dedicadas a una persona a la que apreciaba, y a la que conocí hace ya años, recién llegado a Almería: Manuel Carrilero Millán, Profesor Titular de Historia Antigua, Secretario del Departamento de Historia, Geografía e Historia del Arte, padre y marido, buen compañero y buena persona.

Cordobés, Doctor en Granada, Profesor en Almería, estudioso del mundo antiguo, comprometido con la mejora de la sociedad y con la organización de su Departamento, fue Manolo Carrilero un universitario, dicho esto en el mejor, más noble y más amplio sentido de la palabra.

Muchas veces, pensamos en los cargos de gestión o de representación en términos de cifras, indicadores, tasas, datos y decisiones. Pero olvidamos o, quizá, apartamos en un sótano de la mente que las instituciones son el fruto del trabajo de las personas. No hay creación humana que se pueda concebir al margen del ser humano. Sin gente como Manolo Carrilero o Pedro Tirado (funesto febrero, que se marcha como llegó), es imposible entender el proceso que llevó al Colegio Uni-

versitario a convertirse en Universidad de Almería.

Nos creemos que somos dueños del destino, que el ser humano es la medida de todas las cosas, que siempre seguiremos igual. Fatua presunción de hormiga que se cree dueña de la montaña porque vive en un hormiguero. Somos amos de lo que queremos hacer, arrendatarios de lo que hacemos y esclavos de sus consecuencias. Al final, quedan los efectos de nuestros actos y los afectos de nuestros amigos.

Para otros quede la valoración de cuánto aportó a su disciplina; para otros, cuánto a su Departamento; para muchos, cuánto a la Universidad. Para mí, como para muchos de sus colegas, queda el recuerdo de su aptitud probada y su buena actitud. Cierro los ojos, y lo veo, con ese aspecto que siempre mantuvo, inclinado en el mostrador de la Conserjería para recoger su correo; o por el pasillo, camino del aula o volviendo de ella; o en su despacho, alguna vez que discutimos sobre sus excavaciones y mis traducciones. Y recuerdo. Y recordamos. Porque en el recuerdo no pasa el tiempo y el eco de las voces del pasado hace vibrar las cuerdas de la memoria.

Creo que a él, arqueólogo y profesor de Historia Antigua, le habría gustado que lo despidiéramos con el texto de aquella Oda de Horacio en la que se lee: "He levantado un monumento más duradero que el bronce". Su memoria sigue entre nosotros, aunque no tengamos palabras para expresar nuestros sentimientos.



Julián Martínez

Director General de Bellas Artes. Ministerio de Cultura.

Es bueno y es mi amigo". Así empieza un poema de Julio Alfredo Egea: "Es bueno y es mi amigo". Andaban los años setenta y nuestro país cambiaba como la propia disciplina arqueológica. Llegó de Castro del Río, villa fortificada de la provincia de Córdoba, un estudiante enjuto y se instaló en Granada, incorporándose a la Facultad de Letras con un sueño muy simple y sencillo: ¡Quería descubrir la mítica Tartessos! Apenas hace unos meses, casi treinta años después, seguía trabajando en la costa malagueña, en la excavación de un yacimiento fenicio, con sus colegas alemanes, y al final de la jornada se sintió cansado.

Pero Manolo no sólo quería descubrir Tartessos, era tan singular que aprendió alemán mientras todo el mundo se afanaba en hablar inglés. Aquella historia que comenzó en Granada, terminó haciendo a Manolo Carrilero un asiduo investigador de la prehistoria de de las tierras almerienses. Los Millares se convirtieron pronto, allá por los inicios de los ochenta, en una auténtica aventura. Desentrañar los secretos que guardaba la línea primera de la muralla de Millares y sus cabañas adosadas, fue todo un empeño en el que aplicó el aprendizaje de sus experiencias en Alemania, excavando los pretéritos poblados del valle del Danubio azul. Cuando a finales de los setenta se empeñó en leer los textos de la escuela alemana comenzó un camino lleno de emociones que orientaron el futuro de su carrera profesional. La reconversión del Colegio Universitario de Almería en la actual Universidad, abrió una puerta a numerosos especialistas que como a Manolo, le posibilitaron la apuesta definitiva por la investigación y la enseñanza, en una tierra que para él ya

era querida, tanto como la propia. Empezó entonces una tarea encomiable.

Su ocupación como profesor en el Departamento de Humanidades era compartida con labores de gestión académica y administrativa, secretario del departamento, miembro activo de la Comisión de Arqueología Andaluza, e impenitente investigador de los procesos de cambio social y económico en la prehistoria y protohistoria peninsular. A sus labores docentes y de investigación, una rápidamente una pasión desbordada por la divulgación y el acercamiento al conocimiento de la prehistoria, en libros como "El territorio almeriense en la prehistoria", o su inestimable colaboración en el proyecto de contenidos del recientemente inaugurado Museo de Almería.

Pero a Manolo Carrilero no le hace justicia recorrer su amplio curriculum académico, son demasiados años de actividad frenética, así que lo obvio. Porque quienes tuvimos la oportunidad de compartir con él el tiempo y el espacio de este pequeño suspiro de la historia, sabemos muy bien que a Manolo se le podría resumir en una enorme palabra: Manolo era un amigo. Amigo Manolo, siempre dispuesto, siempre inquieto, siempre agitado. A su lado, no era posible detener la arena del reloj, siempre girando y girando alrededor del mundo. Decía Jorge Luis Borges: "El tiempo es la sustancia de la que estoy hecho" y Manolo Carrilero, hoy es tiempo eterno, y vuelve a volar sobre las pequeñas ondulaciones de Los Millares, en partículas brillantes que van y vienen, en un zig-zag inmarcesible, sobre los niveles arqueológicos de la memoria y de la historia que nos explica a todos.

Pero yo me pregunto: ¿Y ahora quién va a descubrir Tartessos?